

3. ANÁLISIS E INTERPRETACIÓN DE INFORMACIÓN CUALITATIVA: GRUPOS FOCALES E HISTORIAS DE VIDA

3.1 Introducción

3.1.1 El debate sobre la nueva ruralidad

Desde hace varias décadas los estudiosos y activistas del desarrollo rural de América Latina vienen hablando de una “nueva ruralidad”, distinta a la conocida hasta fines del Siglo XX. Hasta entonces, en Bolivia los conceptos de “campesino” o de “clase campesina” obedecían de alguna manera todavía a los cánones tradicionales de los sujetos protagonistas centrales de la mítica revolución agraria en el país, la llamada “Reforma Agraria de 1953”, por dar un ejemplo. Pero esos campesinos, los que lucharon por la recuperación de sus tierras de comunidad, ya no existen más no solo porque la mayoría ya murieron de viejos, sino porque sus descendientes hijos y nietos, –mujeres y hombres– han adquirido y construido diversas identidades en el marco de la cambiante sociedad, economía y Estado de las que son parte. A la par del acelerado crecimiento de las ciudades metropolitanas, los barrios marginales y los precarios autoempleos informales, la población rural decrece en términos relativos y la población rural dedicada exclusivamente a las actividades agrícolas y pecuarias también decrece. Estos cambios demográficos y la creciente pluriactividad que desempeñan los actores rurales-urbanos tienen varias explicaciones, que analizaremos someramente en las líneas siguientes, y dejan abiertas muchas preguntas que solo el devenir de la historia se irá encargando de contestarlas.

Cristóbal Kay (2009) investiga el surgimiento del enfoque de la “nueva ruralidad” en América Latina y ofrece una extensa bibliografía que trata el tema desde diversos ángulos. Señala que el concepto de agricultura a tiempo parcial se comenzó a usar en Europa a mediados de los años sesenta del siglo

pasado, mientras que en América Latina esa noción surge de la mano del neoliberalismo 20 años después, en la segunda mitad de los años noventa. Kay señala que la FAO regional, con sede en Santiago de Chile, estudió el tema destacando el profundo cambio en el enfoque del desarrollo rural en América Latina que hasta entonces (años noventa) había estado casi exclusivamente centrado en una visión productivista y agrarista, cuando en realidad ya los hogares campesinos desempeñaban múltiples actividades de generación de ingresos. A fines del siglo pasado los nuevos enfoques del desarrollo rural ya incorporaban una gama de aspectos como la reducción de la pobreza, la sustentabilidad ambiental, la equidad de género, la revaloración del campo, su cultura y su gente, la descentralización y la participación social, superar la división rural-urbana y garantizar la viabilidad de la agricultura campesina.

Otros autores (Llambí I. y Pérez C. 2007) destacan que actualmente las comunidades rurales están altamente integradas a los mercados y que ya no operan exclusivamente dentro de una lógica de agricultura de subsistencia. Un poco más tarde Schetjman y Berdegué desde el RIMISP y con el apoyo del IDRC han venido impulsando el enfoque del “desarrollo territorial rural”, haciendo énfasis en las múltiples condiciones que permitirían constituir territorios dinámicos para la reducción de la pobreza y desigualdad (Berdegué y Schejtman 2008). En su crítica a la “nueva ruralidad”, Kay centra su análisis en cuatro aspectos, algunos de los cuales serán analizados en este ensayo: el giro a actividades rurales fuera de la granja; la creciente flexibilización y feminización del trabajo rural; el cada vez mayor número de interacciones del ámbito rural y el urbano; y la creciente importancia de la migración internacional y de las remesas de fondos. Estos cuatro cambios radicales que dan lugar a esta nueva ruralidad habrían sido el resultado de políticas públicas neoliberales, entonces dominantes en la región.

En los censos y encuestas del país, el Instituto Nacional de Estadística (INE) utiliza las sub categorías de empleo, actividad y ocupación que permiten detectar matices en torno al abanico laboral, especialmente de los trabajadores temporales informales, en este caso de las familias rurales. Lamentablemente el INE no aceptó sugerencias de varias instituciones para incluir en la boleta del censo de población y vivienda del año 2012 la categoría

de “multiresidencia”, o residencias en varios lugares al mismo tiempo, que son ahora tan características de la flotante población rural-urbana dedicada a múltiples actividades entre ellas la agropecuaria. En este ensayo veremos que para entender quienes forman parte de esta “nueva ruralidad” se emplean indistintamente denominativos que no siempre son sinónimos ni categorías conceptuales ya definidas y cerradas. Los términos de “residente”, “campesino a medio tiempo”, “multiempleo”, “pluriactividad” y otros son usados casi indistintamente por la academia para resaltar diferencias con respecto a la “agricultura familiar a tiempo completo”. Nótese que el concepto de “campesino” es también usado a veces como sinónimo de “agricultor familiar” quedando así despojado de todos los elementos sociológicos, históricos y culturales⁶.

Las particularidades o características de los agricultores familiares a medio tiempo son poco estudiadas en Bolivia a diferencia de otros países de la región donde hace décadas se reflexiona sobre el tema. Aquí analizaremos brevemente la diferenciación económica entre los “residentes” instalados en la ciudad hace años y cuyos ingresos provienen casi totalmente de actividades urbanas y los recién salidos de las comunidades que están en proceso de consolidación con una forma de vida que combina el trabajo temporal en las ciudades con la actividad agropecuaria⁷. Los primeros estarían protagonizando un conflicto de clase con los campesinos de su propia comunidad. En determinado momento, sus intereses no son complementarios, sino divergentes.

Sobre este último punto, en los grupos focales no hemos obtenido información relevante, al contrario, parece ser un tema sensible que se prefiere ocultar o que se nubla, del que especialmente los residentes no quieren hablar abiertamente. Pero se puede observar a simple vista que muchos

6 En Europa, especialmente en Francia, es notable el uso simbólico del concepto de “campesino” del que hacen gala modernas empresas familiares de agricultores súper eficientes, modernos, capitalizados, absolutamente integrados al mercado, que han adoptado todas las innovaciones tecnológicas provistas por la ciencia, además de maquinarias y equipos sofisticados que son muy rentables y que además reciben enormes subsidios a través de la Política Agrícola Común (PAC) de la Unión Europea (UE). Estos agricultores usan el término de “campesino” como un elemento de cohesión y de reivindicación corporativa ante el Estado y sus políticas públicas. No nos estamos refiriendo a los movimientos europeos de agricultores ecologistas de productos naturales.

7 Sin embargo, no tenemos como diferenciarlos estadísticamente, salvo quizás por sus niveles de ingresos, que en este ensayo no hemos siquiera pretendido hacerlo por su carácter exploratorio.

residentes instalados lograron niveles de bienestar por encima de la media e incluso tienen un grado de acumulación de excedentes que les permite ostentar su nuevo estatus especialmente en prestes y fiestas⁸.

3.1.2 La relación conflictiva entre migrantes y tierra

El año 1984 la CSUTCB incorporó como nuevo paradigma de su propuesta de Ley Agraria Fundamental (LAF) el principio rector de que la propiedad de la tierra ya no debía ser del que la trabaja (por encargo), sino “del que la trabaja personalmente”. Este énfasis de hace más de tres décadas en parte expresa las nuevas tendencias y transformaciones en el agro que ya vislumbraban los líderes campesinos-indígenas y grupos de intelectuales activistas que apoyaban a la CSUTCB a la cabeza de Jenaro Flores. Las elevadas tasas de migración campo-ciudad, el abandono temporal o permanente de las tierras de comunidad obtenidas a mediados de los años cincuenta por medio de movilizaciones, pero, lo que es más importante, el surgimiento de la figura del “residente”, es decir del campesino o ex campesino que manteniendo sus derechos sobre la tierra –privados o comunales– también pasaba una parte de su tiempo en la naciente ciudad de El Alto o de otras ciudades capitales en búsqueda de trabajos temporales urbanos para completar sus escasos ingresos agropecuarios.

Es verdad también que el proyecto de LAF cuando hacía referencia al “trabajo personal” estaba igualmente haciendo alusión al oriente y al acelerado proceso de asalarización capitalista de la agricultura “moderna”. De alguna manera este proyecto de ley quería frenar el desarrollo capitalista y el latifundismo en el agro cruceño y oriental. El proyecto de LAF –entregado por la CSUTCB formalmente al presidente Hernán Siles Suazo el 2 de agosto de 1984– naufragó junto con el acortamiento de mandato del gobierno de Siles, y no fue rescatado por la dirigencia campesina⁹. El Plan nacional de desarrollo de 2006, aprobado por el gobierno del MAS, abría la posibilidad

8 Sobre el tema de los residentes ver el excelente trabajo de Madrid Lara (1998).

9 En cambio, los pueblos indígenas organizados en la CIDOB años más tarde lograron introducir sus demandas en el corazón de la ley INRA que el año 1996 acabó reconociéndoles el derecho a la propiedad colectiva a los territorios indígenas o TCO, especialmente en las tierras bajas, territorios indígenas que de alguna manera frenaron los procesos de expulsión campo ciudad en las regiones del Oriente.

de transferencias forzosas de tierras de residentes mediante la reversión y a favor de la propiedad colectiva de las comunidades, beneficiando así con más tierras a los comunarios que se quedaban de manera estable en el campo (Ministerio de Planificación del Desarrollo 2006: 135. Sin embargo, a los pocos meses, cuando el MAS tomó el poder a fines del año 2005, en los documentos oficiales desaparece toda referencia al tema seguramente debido a los potencialmente graves conflictos de derechos de propiedad que surgirían entre sus militantes y el gobierno.

En todo caso, algunos piensan que esta –la agricultura a tiempo parcial– es la nueva condición de “normalidad” que en adelante y por mucho tiempo desempeñan y continuarán desempeñando los agricultores familiares campesinos. Esta “normalidad” no habría sido buscada ni deseada, sino impuesta por condiciones externas adversas y es resultado del desarrollo desigual del capitalismo en el agro. Esta nueva ruralidad conspira así contra el imaginario ideal de un campesinado compacto, cohesionado en su comunidad, agricultor a tiempo completo, fortalecido como clase social y como dinámico actor económico y político que recreaba la LAF en torno a la CSUTCB y a CORACA, su brazo económico. Todo esto lo analizaremos con más detalle en los acápite siguientes.

3.2 Características de las comunidades objeto de estudio

3.2.1 Grupos focales

Durante el mes de febrero de 2017 se han realizado conversatorios con líderes locales utilizando la herramienta de grupos focales (GF) con miembros de cuatro diferentes comunidades rurales y vecinales. En primer lugar en Chuquisaca en la provincia Oropeza, con comunarios del municipio de Yotala, un valle a 2.700 msnm situado apenas a 15 Km de la ciudad de Sucre, que se caracteriza por la alta contaminación de sus ríos y fuentes de agua así como terrenos ondulados y accidentados pero de clima apacible. En segundo lugar con comunarios del municipio de Ravelo, provincia Chayanta del Norte de Potosí, lugar de puna y cabecera de valle con alturas que fluctúan entre 3.200 msnm y 2.900 msnm situado a 80 km de la ciudad de Sucre. Se caracteriza por frecuentes heladas, granizadas y sequías, una

topografía muy accidentada, serranías escarpadas y fuertes pendientes. En tercer lugar un selecto grupo de dirigentes vecinales de la ciudad de El Alto (FEJUVE) de diferentes edades, condiciones sociales y provenientes de distintas provincias rurales del altiplano situado a 4.200 msnm. En cuarto lugar con comunarios de la comunidad Taypi Llanga del municipio de Patacama situado a 4.200 msnm, a una distancia de 100 Km de la ciudad de La Paz. Esta comunidad posee tierras aptas para la agricultura y la ganadería, cultivan papa, quinua y crían ganado lechero de raza mejorada; parte de la comunidad tiene riego con bombeo y produce forraje, cebada y alfa alfa para alimentar su ganado lechero.

Finalmente, para establecer comparaciones entre agricultores a tiempo completo y la pluriactividad según sistemas productivos, con la autorización expresa de directivos de la institución Sartawi Sayariy, hemos resumido lo más destacado de una evaluación externa del impacto del proyecto de riego y de manejo de suelos que esta institución lleva a cabo desde hace años en la comunidad de Parajrani, en el municipio de Colquechaca de la provincia Chayanta del Norte de Potosí, una de las zonas más pobres y atrasadas de Bolivia.

3.3 Dinámicas económicas actuales en las comunidades

3.3.1 La pluriactividad como resultado de los bajos precios e inclemencias del tiempo

Un aspecto reiteradamente presente en las reflexiones de los comunarios y/o vecinos de los cuatro grupos focales, pero especialmente de los más articulados al mercado, es que son factores externos que la comunidad no puede controlar los que fuerzan la salida del campo o la cada vez más extendida pluriactividad. Estos factores externos podrían entenderse, por un lado, como las rígidas políticas macro económicas de control de precios de los productos nacionales para frenar la inflación de los alimentos –vigente en Bolivia desde el año 1985– que se concreta con la apertura indiscriminada de fronteras a las importaciones sean estas legales o ilegales (contrabando) y que se agravó recientemente con la devaluación de las monedas de todos los países vecinos, que hace que los productores nacionales no

puedan competir. Por otro, la imprevisibilidad del clima empeorado por el calentamiento planetario, los fenómenos del Niño y la Niña, y las recurrentes sequías seguidas de inundaciones que en los últimos años caracterizan las condiciones climáticas de Bolivia y que elevan el riesgo de cualquier actividad agrícola o pecuaria. Las pérdidas de los trabajadores agropecuarios debido a las contingencias naturales, a pesar de la ampliación de la cobertura del “seguro agrario” recientemente implementado, desalientan a los productores.

A esto se añade la percepción bastante extendida de que la tierra está “cansada”, los sistemas de rotación de cultivos se alteraron y el uso de agroquímicos está descontrolado. Esto conduce a que los comunarios, según ellos mismos afirman, se ven obligados a dejar el campo o a dedicarse simultáneamente a muchas otras actividades que les generen ingresos, en muchos casos, mayores que los que genera la agropecuaria.

3.3.2 La pluriactividad como un desafío permanente: con un solo trabajo no hay caso de vivir

La información cualitativa recogida confirma que desde hace un tiempo pero particularmente en los últimos años, las y los pobladores del campo ven como algo cotidiano tener que dedicarse a múltiples actividades que les generen ingresos. Como en las condiciones anteriormente descritas la agricultura por sí sola no les genera ingresos para cubrir sus necesidades básicas, están obligados a la multiresidencia, a la migración, al multiempleo, a la autoexplotación laboral generalmente en condiciones precarias, trabajando como albañiles, choferes asalariados, mecánicos, policías, maestros, comerciantes, mineros, músicos, carpinteros, tapiceros, chapistas, empleadas domésticas, confeccionistas, vendedores ambulantes, y en el peor de los casos de peones o cargadores.

En palabras de un participante del grupo focal de El Alto “con un solo trabajo no hay caso de vivir” y por eso varios miembros de la familia extendida, desde los niños/adolescentes hasta los ancianos están obligados a generar algún tipo de ingreso.

3.3.3 La migración como estrategia de vida

Como ya se mencionó, los fenómenos de la multiresidencia y el multiempleo tienen un denominador común: la precariedad laboral. El carácter itinerante de los migrantes que están en búsqueda de trabajos, empleos, “pegas” o “chambas” incide en una alta movilidad geográfica y espacial. Una manera más o menos segura para escapar a esa precariedad e inestabilidad es paradójicamente la migración definitiva fuera del país a Argentina, Brasil o España, donde los bolivianos se articulan en redes familiares, principalmente en actividades artesanales de confección –mayormente textiles– o en la exitosa producción de verduras y hortalizas por ejemplo para el mercado del gran Buenos Aires.

Pero hay otros que no pueden ahorrar lo suficiente para comprar un pasaje o que por los pocos años de escolaridad y bajos ingresos no reúnen las condiciones necesarias para insertarse en el mercado laboral internacional y no les queda otra que ser migrantes temporales dentro de las fronteras del país desempeñando una gama de oficios. Esto ocurre con poblaciones excedentarias de origen rural que no tienen otra opción mejor que dedicarse un poco a la agricultura en las escasas y poco fértiles tierras de su propiedad o de sus familiares, pero una vez que su mano de obra deja de ser indispensable en épocas de siembra, roturación y cosecha, emigran en busca de oportunidades laborales temporales muy diversas. Como en todo, hay excepciones, se relata el caso de una persona que habiendo cursado únicamente hasta quinto curso de primaria y que trabajaba de voceador de minibús, se fue a la Argentina y cuando regresó al cabo de unos años, con sus ahorros logró comprarse su propio minibús.

De ese modo los “agricultores a tiempo parcial”, también llamados agricultores pluriactivos o multiactivos, están obligados a migrar buscando trabajo que genere ingresos para la familia. Son agricultores vulnerables, trabajadores temporales o fuerza de trabajo informal. La precariedad y la incertidumbre de la migración es el rasgo que sella sus vidas. Quizás lo más sólido, estable y perdurable es la propiedad de sus tierras y la pertenencia a su comunidad. Es por eso que prácticamente todos (campesinos a medio tiempo, a tiempo completo, con riego o sin riego, excedentarios o de mera

subsistencia y los residentes) han regularizado los derechos de propiedad de las tierras que sus abuelos o padres obtuvieron gracias a sus luchas e históricas revueltas que cristalizaron con la Reforma Agraria de 1953. La multiresidencia y la pluriactividad van de la mano con la migración temporal y en muchos casos también con la desintegración familiar o la formación de más de un hogar. En algunos casos la multiresidencia y la pluriactividad han ocasionado debilitamiento y hasta desintegración familiar, peor si están presentes el alcoholismo y violencia contra las mujeres.

Más adelante veremos cómo esto da lugar a la formación de identidades múltiples y a lo que los sociólogos urbanos denominan la “multilocalidad”. Cuando los agricultores-campesinos pueden vivir y generar excedentes solamente o principalmente con sus actividades agrícolas y pecuarias, se establecen en un solo lugar –en su predio– y su vida familiar en pareja puede ser menos accidentada y tormentosa. Su identidad es de “campesinos” o de “agricultores familiares”. Pero cada vez son los menos o solamente se consolidan en regiones o territorios dinámicos muy particulares en los que las condiciones económicas, ambientales y sociales son óptimas. Cada vez hay menos campesinos resignados y dispuestos a seguir trabajando para siempre tierras cansadas e improductivas.

3.3.4 Familias propensas a la pluriactividad

En los cuatro grupos focales hemos encontrado que cuanto más grande o numerosa es la familia, mayores son las posibilidades de realizar múltiples actividades generadoras de ingresos. A mayor número de hijos correspondería mayor número de actividades laborales, probables o posibles, mayor diversificación de fuentes de ingresos familiares. En muchos casos, las familias muy pequeñas y pobres, con poca tierra y sin acceso a riego, estarían atrapadas en la dedicación exclusiva a actividades agropecuarias muy poco rentables. Están entrampadas en la pobreza. Son campesinos de subsistencia y –según el censo de población y vivienda de 2012– lamentablemente son todavía la mayoría de los campesinos de Bolivia.

Según el análisis de Chayanov (1987 [1925]), cuando la propensión al riesgo es menor que la posibilidad de generación de excedentes las familias utili-

zarán toda su fuerza de trabajo para lograr los ingresos más altos posibles. Y eso dependerá de si el año agrícola es bueno o no. Pero, en cualquier caso, las familias rurales muy pequeñas estarán siempre en desventaja frente a familias numerosas. La multilocalidad o la multiresidencia disminuyen las posibilidades de familias grandes y estables. Pero al mismo tiempo son una condición que permite la diversificación de actividades de generación de ingresos familiares.

3.3.5 Las mujeres, pieza clave de la pluriactividad

En reuniones comunales es frecuente observar que la mayoría o una gran parte de las personas participantes son mujeres. Esto de por sí desvela la creciente feminización de las actividades agropecuarias y de la población rural pero, además, muchas de estas mujeres –aunque todavía no sea reconocido socialmente– desempeñan el oficio de jefas o cabezas de hogar. Su fortaleza –además de la multiplicidad de roles (trabajar la tierra, cuidar la casa, criar los hijos y cuidar del esposo) – estriba en que la mayoría de las veces ellas administran el dinero del hogar y de la canasta familiar. Las mujeres participantes en los grupos focales señalaron que ellas “hacen alcanzar” el dinero, se encargan de inscribir y supervisar la asistencia de los hijos e hijas a la escuela, compran y controlan el material escolar, pagan las matrículas y cuotas especiales para fiestas y desfiles, compran los alimentos que consumen a diario que no son producidos en su comunidad, cocinan y cuidan la despensa, lavan la ropa, vigilan que los hijos e hijas no malgasten los escasos ingresos que el hogar rural logra juntar.

Aunque a menudo en las reuniones comunales están sentadas al final del salón y participan muy poco de los debates –puesto que los ámbitos públicos están aún a cargo de los varones– finalmente ellas inclinan la balanza cuando la familia debe tomar decisiones importantes. Los hombres se dedican más a los sindicatos, a las reuniones, a la política y al trabajo físico que exige fortaleza y habilidades que se transmiten de generación en generación. Los hombres, debido a su mayor margen de movilidad espacial (mayor grado de escolaridad, bilingüismo, interacción social más activa fuera de la comunidad), son los que emigran mayormente en busca de trabajo fuera del predio o de la comunidad. Por el contrario, las mujeres están más arraigadas a la

comunidad al tener que cumplir roles reproductivos, productivos y comunitarios (labores domésticas, crianza de los hijos, actividades económicas, trabajos y obligaciones comunitarias y responsabilidades abandonadas por los hombres) y por tanto tienen menos oportunidades de emigrar por su cuenta en busca de trabajo (Colque y Soria Galvarro 2014). Claro que hay casos pero son las excepciones. Por lo general la mujer emigra cuando el esposo ya encontró una oportunidad de trabajo y de vida mejor en otra parte.

“Antes sabía vender condimentos que traía del Desaguadero. Mi esposo era un borracho y se ha ido de mi lado y ha vuelto después de 22 años para morirse no más y lo he enterrado. Con el tiempo el negocio de condimentos ya no ha sido tan bueno y por eso me dediqué a vender coca y con las ganancias me he comprado casas y ahora soy dirigente de la zona Mercedes (camino a Viacha) y por eso he subido al cargo de Fejuve, una vez que creció mi hija mayor a ella he dejado el negocio de la coca y me he vuelto carnicera en el mercado Rodríguez y así he probado todo tipo de trabajo. Para que voy a mentir, tengo platita pero con eso hago estudiar a mis hijos, una estudia derecho en una universidad privada” (Participante grupo focal El Alto, 16 de febrero de 2017).

“Estamos muy tristes por nuestros hijos, decepcionados, todo el día nos piden plata para su teléfono celular, sus fiestas... ya no quieren comer alimentos de sus abuelos, solo quieren pollo frito. Nosotras, las mujeres, por trabajar tanto estamos descuidando la educación de nuestros hijos. El alcoholismo está matando a nuestros jóvenes. Nuestros jóvenes actualmente están perdidos. No saben lo que es trabajar, menos aún trabajar la tierra con sus manos. Nuestros hijos nos chantajejan. El principal problema para nuestros hijos es que no hay trabajo, no hay industrias, no hay empleo por eso se van al exterior” (Participante grupo focal El Alto, 16 de febrero de 2017).

3.3.6 El ejercicio de cargos obligatorios en la comunidad

Es muy conocido que en las comunidades rurales de valles y altiplano persisten formas de organización interna que buscan distribuir las cargas y las responsabilidades entre todos por igual. El saneamiento y la regularización de los derechos de propiedad de las tierras de las comunidades y de las familias, impulsados por el Estado de manera ininterrumpida desde hace 20 años, ha despertado el reclamo de miles de familias y personas que por

esa vía han logrado fortalecer sus derechos propietarios, especialmente de carácter individual. Migrantes –hombres y mujeres, jóvenes y adultos– pequeños productores familiares de origen campesino-indígena que se habían ido definitivamente a vivir a países vecinos o a otros departamentos o ciudades del interior, y que en muchos casos habían abandonado sus tierras o las dejaron al cuidado de parientes, en el marco de la ley han hecho valer sus derechos propietarios y han logrado recuperarlas. Aunque muchos de ellos no las trabajan directamente. El proceso de saneamiento de tierras ha visibilizado estos conflictos que estaban latentes. En algunos casos se ha llegado a acuerdos para la devolución de dineros que se habían pactado anteriormente con comunarios que viven en el campo, a cambio de tierras dejadas baldías por migrantes. En otros casos –con el paso del tiempo– esos arreglos informales han derivado en conflictos.

Con el saneamiento de las propiedades agrarias se ha producido una actualización concertada de los derechos de propiedad de las comunidades, con sus linderos y límites intercomunales, así como de los derechos específicos de cada persona y familia. Pero lograr ese derecho de propiedad privada tiene un costo y consiste en ser miembro pleno y activo de la comunidad. Para el logro de ese cometido la comunidad instituye ciertos mecanismos coercitivos (cumplimiento de cargos, cuotas, multas, trabajos comunales obligatorios, asistencia a las reuniones) que constituyen a la vez un requisito y una traba para ser propietario de la tierra, alquilarla o venderla. Para ser afiliado en una comunidad una familia o persona que la familia designe debe “pasar cargos”, es decir dedicar parte importante de su tiempo en el desempeño de carteras que requieren dedicación intensa a reuniones, trámites, representaciones institucionales y políticas, organización de eventos, fiestas, desfiles, relaciones con alcaldes, concejales y demás autoridades locales o departamentales.

Muchas comunidades del altiplano y los valles redactaron y aprobaron sus estatutos comunales y reglamentos internos en los cuales se establecen detalladamente los derechos y las obligaciones de las personas en las comunidades. En general se trata de comunidades muy pequeñas de no más de 20 o 30 familias que se obligan a reuniones regulares cada mes en las que los dirigentes de turno que están pasando los cargos deben rendir cuentas, dar

explicaciones, recibir instrucciones, resolver conflictos internos, etc. También hay comunidades grandes que tienen más de 200 familias registradas en sus listas de afiliados, pero son una minoría. A pesar de esta notable vida comunal organizada y avances en la regularización de los derechos propietarios familiares y colectivos, no se percibe aún cambios en el uso más intensivo de los recursos naturales, particularmente de la tierra. Es decir, no se percibe un cambio en la economía de las familias como resultado del fortalecimiento de sus derechos de propiedad sobre las tierras. En los cuatro grupos focales y en otros trabajos de investigación de la Fundación TIERRA no se ha comprobado la hipótesis de que ante el fortalecimiento de la seguridad jurídica y de los derechos propietarios de la tierra aumentarán las inversiones familiares en los predios, mejorarán las condiciones productivas y crecerán los ingresos de las familias rurales (De Soto 2000; ver también Deininger y Binswanger 1999). Dependiendo de las variables de calidad de los suelos, riego, clima y otros factores naturales que hacen atractiva la producción, los títulos de propiedad han permitido capitalizar el predio y hasta usarlo como garantía prendaria para el crédito bancario.

En general cuando no se han hecho inversiones significativas en el predio (no se han hecho “mejoras”) –como canales de riego, terrazas, andenes, infraestructura, manejo de suelos, reforestación, reposición del germoplasma y de la biodiversidad local– el título de propiedad actualizado no se ha convertido aún en un estímulo para usar como mecanismo generador de inversiones para el uso más intensivo de la tierra. Más bien, el saneamiento de las tierras en muchos casos, especialmente en los valles de Chuquisaca, habría llevado a la agudización de conflictos y peleas internas. En las comunidades que no han hecho inversiones en riego, no existiría relación entre derechos propietarios de la tierra y el tiempo que cada familia dedica a la agropecuaria, es decir, a la pluriactividad o la agricultura a tiempo completo.

Pero, para que una comunidad o un grupo de comunidades inviertan dinero y fuerza laboral para producir, por ejemplo, con “enfoque de cuenca”, un requisito importante es contar con los títulos de propiedad de la tierra, debidamente saneados y concertados socialmente con los miembros de las comunidades. En general dependerá del valor productivo y financiero de las tierras. Si las tierras son de muy baja productividad, están alejadas de las

carreteras y sometidas a permanente estrés climático, su precio será muy bajo y por tanto nadie invertirá en ellas, por lo que el título de propiedad no le añade valor económico al predio, salvo el de la certeza de la propiedad que es más bien de orden psicológico, cultural y social.

Cuando la tierra tiene un valor económico relevante es porque genera renta y en estos casos la dedicación al trabajo agropecuario es generalmente a tiempo completo. En estos casos casi no hay residentes, por ejemplo en las zonas de producción de hoja de coca en los Yungas, o durante el fugaz boom de la quinua en el altiplano (entre los años 2012 y 2015), en que muchos residentes regresaron a sus comunidades y tuvieron que confrontar serios problemas con los comunarios. En todo caso, para ser miembro de una comunidad o sindicato, la condición *sine qua non* es la de pasar cargos y cumplir con las obligaciones de la comunidad.

3.4 Estructura económica y ocupacional

3.4.1 Posibilidades de ‘empleo pleno’ en el agro

Cuando las familias disponen de tierras fértiles, agua para riego, clima apropiado y mercados estables, por lo general la dedicación de las familias a la actividad agropecuaria es plena. Esto es algo obvio pero el punto es que una agricultura viable demanda el concurso, la dedicación y la fuerza de trabajo de todos los miembros de la familia, incluso de los muy jóvenes y esporádicamente hasta de los de la tercera edad. Esto ocurre en la comunidad de Parajrani en el Norte de Potosí, una región que concentra los índices de extrema pobreza más altos de Bolivia. La introducción de riego y nuevas prácticas de manejo de suelos, promovidos por Fundación Sartawi– Sayariy, han cambiado no solo la forma de producir sino la forma de vida de las familias de esta comunidad cuyos jóvenes dejaron de emigrar porque ahora les resulta más atractivo quedarse en su comunidad y re-convertirse en campesinos, recampesinizarse, volver a ser agricultores. Han encontrado que en esas condiciones se logra excedentes y rentabilidad. Estas familias han aumentado su autoestima y sienten que una nueva etapa de su vida ha comenzado. En otros lugares, cuando los hijos de los campesinos logran capacitarse como agrónomos, zootecnistas o veterinarios en las Unidades

Académicas Campesinas (UAC de la UCB) u otros institutos, muchos de ellos tienden a quedarse en sus lugares de origen y aplicar sus nuevos conocimientos en sus predios y comunidades.

Otro caso llamativo de cómo las condiciones materiales óptimas promueven la agricultura a tiempo completo se presenta en Patacamaya. Una parte de la comunidad altiplánica de Taypi Llanga tiene acceso al agua para riego mediante pozo y bombeo que permite regar sus cultivos de alfa alfa y cebada para alimentar su ganado lechero de raza mejorada. Hasta hace un par de años, los lecheros de esta zona lograron ingresos económicos altos por la venta de leche a la empresa PIL a precios también altos. Pero este auge económico cambió cuando los países vecinos devaluaron sus monedas y los precios internacionales de la leche se desplomaron. Los productores de leche que participaron en el grupo focal informaron que la leche importada o de contrabando es mucho más barata, lo que obligó a la empresa de lácteos a bajar sus precios de compra. Ahora los productores de leche de esta comunidad apenas recuperan sus gastos e inversiones y ellos también se ven obligados –además de producir leche y colocarla a la mitad del precio que antes– a vender su fuerza de trabajo en múltiples actividades no agropecuarias fuera de su comunidad. Estas familias están obligadas a la pluriactividad o multiactividad no para enriquecerse o lograr mejores niveles de bienestar sino para seguir educando a sus hijos mayores que –una vez terminada la escuela y el colegio en el área rural– demandan educación superior en las ciudades. Según los testimonios, los padres, pero en especial las madres, están dispuestas a realizar cualquier sacrificio para educar a sus hijos con la esperanza de que dejen de ser pobres, que dejen de ser agricultores, consigan empleos estables y no sufran en el campo.

3.4.2 El Alto, los alteños y sus nexos con la comunidad rural

No existen datos estadísticos confiables pero a partir de algunas evidencias empíricas se puede sugerir que una parte considerable de las tierras de uso agropecuario son propiedad de familias que no viven en el campo. Esto es particularmente evidente en partes del altiplano norte y centro del departamento de La Paz, en la región próxima al lago Titicaca y las que están conectadas por carreteras asfaltadas hacia las ciudades de El Alto y La Paz.

Muchos residentes solo vuelven ocasionalmente a sus comunidades para participar de las reuniones. Incluso, un número muy elevado de autoridades de las comunidades del altiplano, viven en la ciudad de El Alto o de La Paz. De hecho en uno de los grupos focales –en Taypi Llanga en Patacamaya a 100 Km de la ciudad de La Paz– los participantes coincidieron en afirmar que el número de residentes es el triple que el de las familias que viven en su comunidad (30 familias de 40). Algunos ya no viven en sus comunidades distantes y dispersas pero viven en los centros poblados cercanos que están situados a lo largo de la carretera principal.

Lo que ocurre además es que desde hace unas tres décadas y gracias a las carreteras asfaltadas (ahora la doble vía y la construcción de más y mejores ramales) que unen las áreas rurales con la región metropolitana, una mayoría significativa de las familias que tienen tierras de uso agropecuario en el campo, también tienen una pequeña casa o vivienda precaria o transitoria en alguno de los pequeños centros poblados, ciudades intermedias o en los barrios marginales especialmente de la ciudad de El Alto, siendo algunos de ellos dirigentes de las juntas de vecinos.

El Alto es en realidad una ciudad de campesinos o de ex campesinos de reciente generación (no la Ceja ni los barrios más antiguos y consolidados hace décadas), pero de ex campesinos que prefieren no llamarse o identificarse como tales, porque labrar la tierra ya no es su actividad principal, ni la agricultura y la ganadería les genera ingresos importantes. Son principalmente y la mayor parte trabajadores informales y la minoría asalariados, incluyendo trabajadores dependientes de pequeños emprendimientos económicos que se encuentran en algún punto intermedio entre la economía formal e informal.

En los grupos focales también los participantes afirmaron que una mayoría de las familias que vive en el campo tiene una movilidad propia, a veces sin papeles en regla ni placas de identificación. Es una nueva realidad particularmente más visible en regiones conectadas con circuitos económicos locales o con los centros urbanos. Muchos son confeccionistas, mecánicos, músicos, carpinteros, chapistas, herreros, tractoristas, costureros y miles de empleados públicos. Las mujeres en las ciudades se dedican al comercio y a atender puestos de comida, además de encargarse de las labores del hogar.

Prácticamente, las calles de las ciudades de El Alto y en menor medida de La Paz son una gigantesca tienda de comercio donde se compra y se vende de todo y llegan a constituirse en un “patio de comidas” para todos los gustos y bolsillos.

Sin importar cuál es su actividad urbana los residentes alteños periódicamente visitan sus comunidades de origen, en algunos casos lo hacen para pasar cargos y así mantener sus derechos de propiedad y su permanencia en las listas de la comunidad, en otros casos, como señalan en las entrevistas, porque “la tierra llama” y otras veces para pasear y llevar bienes y regalos a sus seres queridos. El hecho es que al mantener sus derechos de propiedad sobre las tierras que heredaron de sus padres o abuelos y al no trabajarlas directamente o solamente unas pequeñas parcelas a cargo de tíos o hermanos, el complejo sistema de residentes (concertado socialmente y construido colectivamente en las últimas tres décadas) está dejando cada vez mayores cantidades de tierras sin uso.

Sin duda la tierra como un recurso natural y una propiedad privada es una reserva para momentos de crisis o dificultad extrema a la que siempre podrán acudir, pero en la actualidad los residentes que a la vez son agentes de modernidad y de conexión con el mercado y el sistema político institucional del Estado en todos sus niveles, estarían mermando la disponibilidad de tierra para producir alimentos. Cualquier reducción en la producción campesina indirectamente induce a que los bolivianos consuman cada vez más alimentos producidos por la agroindustria y el agronegocio del oriente y especialmente del departamento de Santa Cruz y menos alimentos de origen en la agricultura familiar campesina. La diversificación y la pluriactividad serán mayores ante menor disponibilidad de tierras de cultivo. El control de tierras productivas por parte de los residentes no ayuda a producir más y mejores cultivos porque nubla y enrarece un mercado de tierras que no es registrado por el Estado y sus instituciones. Toda la normativa agraria desde hace casi un siglo protege al pequeño productor especificando que sus derechos propietarios son inalienables pero también le obliga a cumplir la denominada Función Social (FS). Sin embargo, los residentes alteños que siembran un poco de productos lo hacen mayormente para mantener su derecho propietario de la tierra y por “prestigio social”, pero no para obtener ingresos económicos. Un dirigente vecinal señaló que sería mucho más

barato comprar papa de cualquier mercado de El Alto que ir a sembrar y cosechar 6 a 8 arrobas de papa al año en su comunidad. Lo hacen solo para mantener su derecho a la propiedad de la tierra y su estatus de comunarios. En todo caso este debate sobre el papel del residente necesita de mayor sustento empírico en base a estudios mucho más específicos y precisos ya que hay toda una gama de tipos de residente y de situaciones según regiones y pisos ecológicos del país. Spedding y Llanos ya en 1999 han trabajado este tema en los Yungas; Madrid Lara (1998) trata el tema en Oruro.

“La finalidad de quedarse en el campo sufriendo es para conseguirse aquí un terrenito en El Alto o en la hoyada y posteriormente tener una casita. La mayor parte de los campesinos del altiplano (85 a 90%) también tiene casa aquí en El Alto pero desde hace muchos años seguimos yendo y viniendo al campo, cumpliendo las funciones sociales, pero para progresar tienes que ser carpintero, chofer, cerrajero, policía, maestro o albañil. Pero más vivimos del comercio informal porque no hay trabajo” (Participante grupo focal El Alto, 16 de febrero de 2017).

Parecería que hay una especie de gradación o jerarquía que comienza desde más abajo con los campesinos de subsistencia (que por lo general serían todavía monolingües e indígenas quechuas o aymaras de zonas muy alejadas y deprimidas), en segundo lugar los campesinos dedicados a la pluriactividad que sin embargo tienen todavía un pie bien puesto en la comunidad y en las labores agrícolas pero que no generan suficientes recursos y que –por tanto– necesitan obligatoriamente vender su fuerza de trabajo en múltiples otras actividades, generalmente urbanas, precarias y mal rentadas. Una categoría aparte estaría conformada por los agricultores a tiempo completo exitosos y que gracias a una excepcional buena dotación de recursos naturales (tierra fértil, agua y sistemas de riego, manejo de suelos, acceso estable a los mercados) pueden vivir y generar ahorros a través de su dedicación casi exclusiva a la actividad agropecuaria. Y finalmente la categoría de los residentes, que ya no viven en el campo, tienen tierras a su nombre, sus ingresos provienen casi exclusivamente de actividades no agropecuarias, pero mantienen un peso político y organizativo en muchos casos decisivo en sus antiguas comunidades.

En este contexto, una pregunta delicada pero obligatoria es: si bien los residentes son “agentes de modernidad”, ¿cumplen verdaderamente la Función Social que mandan las leyes, constituciones, reglamentos y normas internas de las comunidades? Los estatutos comunales de reciente creación en varias comunidades campesinas, ¿han sido una transacción pactada con los comunarios o una imposición negociada de los residentes que a cambio de “pasar cargos” garantizan de por vida la propiedad de sus tierras, no importando si esas tierras son trabajadas o no? Hoy por hoy este tema no se debate en las comunidades, pero ¿llegará el momento en que los residentes acabarán perdiendo el derecho de propiedad de sus tierras aumentando así significativamente el acervo de tierras disponibles para los que no las tienen, lo que –con sistemas de riego de por medio y políticas públicas inteligentes– permitiría una recampesinización y recuperación de la agricultura familiar tan venida a menos en las últimas décadas?

3.5 Transformaciones en el sistema productivo local

3.5.1 Dependencia de insumos agrícolas externos

Varias de las familias entrevistadas en los grupos focales señalan que hoy la producción de alimentos de los campesinos o agricultores familiares depende en gran medida del uso indiscriminado de insumos químicos, ya sea de abonos o de pesticidas. También recalcan que usan aguas contaminadas por las ciudades, los desechos mineros y los recolectores de grava de los ríos, y que sus comunidades están rodeadas o inundadas de plásticos de todo tipo que nadie se molesta siquiera en levantar, juntar y procesar. Los participantes en los GF son conscientes que se están produciendo graves daños al medio ambiente pero no sienten responsabilidad alguna por revertir el proceso. Dicen que es tarea de las autoridades y que estas no hacen nada. Lamentan que los productos no sean sanos, orgánicos, originarios, nativos, como los que producían y consumían sus abuelos y abuelas. Acusan a las políticas públicas de venta de “semillas certificadas” de ser las responsables de la reducción del germoplasma y de haber acabado con la enorme variedad de semillas que antes había. Creen que el sobreuso del suelo, la falta de rotación y descanso de la tierra, el sobrepastoreo, el uso de agroquímicos y

la compactación causan la salinización de los suelos que los vuelve mucho menos productivos al extremo de que no hay otra alternativa que abandonarlos. Eso provoca escasez de tierras productivas.

También existe la percepción de que las tierras disponibles no son buenas para trabajarlas, que ya no rinden como antes lo hacían. Pero no hay ninguna reflexión sobre el “modelo primario exportador y extractivista” que está detrás del deterioro acelerado del medio ambiente. En efecto, en los GF (al igual que entre muchos dirigentes de las organizaciones matrices de los campesinos y productores agropecuarios (CSUTCB, CONAMAQ, Interculturales, CAPPO), no existen propuestas de políticas públicas que lleven a cambiar las prácticas depredadoras de la agricultura y la ganadería, inclusive de los propios campesinos y agricultores familiares. Como Bolivia es un país muy grande y tiene muy poca población, cuando la tierra se agota por sobre uso, en lugar de hacer manejo de suelos e introducir prácticas sostenibles, lo que se hace es abandonarla y ampliar la frontera agrícola que generalmente se traduce en tumbar monte en la región amazónica, de los yungas, o de los llanos orientales. Las tierras deterioradas, erosionadas, compactadas y salinizadas provocan la migración campo ciudad, el abandono de las actividades agropecuarias y hacen menos rentable la actividad agropecuaria porque los rendimientos son sumamente bajos. Si se compara la disponibilidad de tierras por habitante de Bolivia con países de América Central como Salvador, Guatemala u Honduras, la diferencia es abismal. En esos países efectivamente hay escasez de tierras, pero en Bolivia abundan y proporcionalmente muy pocas se trabajan. Claro, las mejores siguen en manos del agronegocio sojero.

3.5.2 La “tractorización” del agro y ganado de raza mejorada

En los valles y en el altiplano, hoy casi todos usan tractor; en los cuatro GF dicen que la yunta de bueyes es cosa del pasado, porque especialmente en la última década el Estado ha entregado miles de tractores para los campesinos de todo el país. Ahora, cualquier familia afiliada al sindicato los alquila de la alcaldía y en un par de horas hacen el trabajo que antes con los bueyes tardaba varios días. La “tractorización” de la agricultura familiar campesina producida en los últimos años ha liberado la fuerza de trabajo y

ha reducido significativamente el tiempo de labranza. Es una conquista de la última década muy valorada por todos. Sin embargo, no es una situación generalizable ya que esta conquista solo es útil para regiones más o menos planas donde el tractor se puede utilizar. Por ejemplo en los Yungas o en los municipios de Copacabana, Tito Yupanqui y Tiquina colindantes con el lago Titicaca del altiplano, o regiones de la puna montañosa del Norte de Potosí, la mecanización del agro no es posible.

Pero el tractor, si es que no es bien usado, compacta los terrenos y provoca desertificación por erosión eólica. Los entrevistados en Chuquisaca señalan como ejemplo lo sucedido en la década de los años setenta del siglo pasado en las pampas de Lequezana en Potosí. En el altiplano se quejan de que falta tierra y la fragmentación no les permite vivir de la producción agropecuaria, pero no profundizan el debate sobre su disponibilidad y uso real y se quedan en la consigna política del “surcofundio”. La extrema fragmentación y parcelación de la tierra también dificulta el uso adecuado de la maquinaria. El tractor y otras innovaciones tecnológicas expulsan mano de obra del campo a la ciudad.

Respecto al ganado vacuno mejorado, en general se observa que las vacas criollas están siendo reemplazadas por las de “raza mejorada” que mayormente son introducidas desde Perú para la producción lechera porque son las que se adaptan a las condiciones de altura. La producción y el consumo de leche en Bolivia han aumentado notablemente en los últimos años [Ver Censo Agropecuario (INE 2015)].

A pesar de las mejoras señaladas (tractor y raza de ganado) la productividad de la agricultura y de la lechería de origen familiar sigue muy por debajo de los promedios de América Latina. Nuestro rezago tecnológico, los rendimientos y la competitividad de la agropecuaria de origen familiar campesina continua siendo la última del continente. Seguramente esa es a la vez una causa y un efecto de la cada vez más extendida agricultura a tiempo parcial o la pluriactividad de las familias del campo. Los agricultores familiares de Bolivia –salvo contadas excepciones– no pueden competir con sus pares de otros países de la región porque la calidad y el precio de los productos foráneos los desplazan del mercado.

3.5.3 Uso generalizado del automotor en lugar de animales de carga

Hace tiempo que en el campo crece la adopción de medios de transporte motorizados como medio de transporte y carga. El uso de animales de carga es cada vez menor en muchas regiones andinas. Este es otro cambio radical en las condiciones de vida y de trabajo en el campo boliviano que sin embargo no obedece ni es una respuesta a aumentos en la productividad y en la producción agropecuaria.

Otros ingresos individuales y familiares, así como las transferencias públicas, durante la década de bonanza económica (2004-2014) de altos precios de las materias primas de exportación (gas, minerales, agronegocio sojero, coca y derivados), son los que han permitido una especie de “rebalse” de dinero nunca antes visto a los hogares pobres del país, en muchos casos canalizados desde el Estado de manera clientelar y a cambio de un efectivo respaldo político. Todo esto sumado a la autoestima producida en una década de gobierno de un “presidente indígena” ha llevado a la paradoja de que los indígenas y campesinos viven hoy mejor que antes, consumen más alimentos que antes, pero la producción agropecuaria que proviene de su trabajo se ha estancado o se ha reducido. Algunas familias rurales en circunstancias concretas producen para su autoconsumo y ayudan a abastecer parcialmente con alimentos a sus familias en las ciudades. En tiempos de cosecha es recurrente que los migrantes temporales vuelvan a la comunidad y en la tarde o fines de semana retornan a la ciudad con cargas de papa.

Ya no es raro encontrar un pequeño y vetusto automóvil en la puerta o en el chaco de casi cualquier familia campesina. Los bajos aranceles y la libertad de importar autos usados en años anteriores, así como la proliferación del contrabando de autos ‘chutos’ han democratizado su acceso también a las familias rurales, en casi todo el país. Esa libertad de movimiento y de transporte genera mayor demanda de servicios y también permite una más extendida pluriactividad. Aquellos campesinos que tienen sus parcelas cerca de las ciudades y conectadas por recientes carreteras asfaltadas, incluso viven en las ciudades y desde allí atienden sus cultivos. En algunos casos ya no es necesario vivir en el campo para producir la tierra, pero esto conlleva bajas en los rendimientos y en la producción total.

Posiblemente es el costo del modelo extractivista y rentista en el que la economía y la sociedad bolivianas están ahora atrapadas. Mientras haya rentas por las exportaciones de materias primas, habrá forma de redistribuirlas, pero eso desalienta la producción interna y estimula las importaciones, especialmente de alimentos que desplazan sistemáticamente a los pequeños productores, particularmente si el Estado persiste en mantener el tipo de cambio congelado.

3.5.4 Cambios en los hábitos alimenticios

Otro de los temas indagados con los grupos fue el del consumo de alimentos. En todos ellos se constató que la base de la dieta alimenticia está constituida por productos de origen agroindustrial como el azúcar, aceite, fideos, arroz, refrescos embotellados con gas, pollo de granja (mayormente consumidos fritos), además de papa, y en menor proporción verduras y carne roja. Uno de los argumentos que explican este cambio y uniformización en la dieta alimenticia es la facilidad de su conservación (no se malogran), son fáciles de adquirir y almacenar, son baratos pero especialmente porque toma poco tiempo y es muy fácil cocinarlos, a diferencia de algunos productos alimenticios de origen tradicional que requieren de mayor elaboración, habilidades culinarias y tiempo.

Tanto en el caso de las familias pluriactivas como en el de los agricultores a tiempo completo, la mayoría de los productos cosechados en el predio familiar complementan la dieta y amortiguan el costo de la alimentación. Por supuesto que las familias a tiempo completo tienen mayor grado de autonomía con respecto a las familias pluriactivas pero las diferencias en la composición de la canasta alimentaria no son demasiado grandes. Especialmente los agricultores a tiempo parcial afirman que no producen para el mercado sino que suman, añaden, complementan, su dieta de productos agroindustriales con algunos productos cultivados esporádicamente en sus predios que según la región puede tratarse de maíz, choclo, verduras y hortalizas, algunas gallinas y cabras, y hasta cuyes (conejos) en los valles, y quinua, oca, papaliza, y papa deshidratada en el altiplano y la puna. Cuando tienen alguna carpa solar logran producir verduras y hortalizas ya sea para su consumo pero sobre todo para la venta en ferias y mercados. El queso y los huevos producidos en las comunidades generalmente se venden.

Dependiendo del clima y de la calidad de los suelos a veces se produce también algo de trigo, cebada, zanahorias y cebollas, avena, arveja, tarwi, y en las cabeceras de valles algunas frutas como duraznos y manzanas a escala reducida. Los productos de mejor calidad se destinan estacionalmente al mercado. En general reclaman que en los últimos años se ha reducido la variedad de semillas a solo unas cuantas. Dicen que en el caso de la papa ya solo se encuentra la holandesa y la imilla. En algunas regiones del altiplano y valles hay producción comercial de cebolla en grandes cantidades pero que no abastece los mercados urbanos. La mayoría de los comunarios de Taypi Llanga apenas siembra cuarta hectárea de papa y en algunos casos media, como máximo.

Varias de las personas de los GF afirman que son sus hijos los que les obligan a cambiar la dieta alimenticia cada vez más. Ellos, los niños y jóvenes, ya no quieren comer lagua, tarwi, chuño, ni pito y tampoco carne de cordero o de llama. Prefieren pollo frito con arroz o papas fritas. Ya no hay grandes diferencias en la dieta alimenticia de la población rural y urbana. La uniformización de la dieta está muy extendida en todo el país y tiene directa relación con la agricultura comercial de Santa Cruz, de donde proviene un 70% de los alimentos que consume la población boliviana.

El crecimiento de la agroindustria está desplazando a la agricultura familiar y es una de las causantes del despoblamiento de las áreas rurales que se da a la par que la pluriactividad urbana-rural crece y se impone como una forma de vida que entretene la multiresidencia, el multiempleo, la informalidad y la precariedad laboral. La descampesinización crece a la par que se expande la agricultura comercial del oriente. La uniformización de la dieta de consumo de alimentos en el campo y las ciudades, especialmente entre sectores de bajos ingresos, es un claro resultado de la expansión de la agroindustria y de la contracción de la agricultura familiar.

3.5.5 La luz eléctrica, la cocina a gas y el teléfono móvil (celular)

En las conversaciones con los participantes en los diferentes GF se mencionó que a la par que se ha ido produciendo la transición de una agricultura de tiempo completo a otra de tiempo parcial en las últimas dos o tres déca-

das, también se han introducido en el campo o en las áreas rurales grandes innovaciones como la energía eléctrica, el gas licuado de uso domiciliario por garrafa y la telefonía celular que facilitan enormemente la vida y las comunicaciones. En efecto, la cobertura de la red de energía eléctrica rural es prácticamente total, salvo lugares muy alejados y aislados que a veces cuentan con motores a diésel.

Así, la gran mayoría de las poblaciones rurales cuenta ahora con energía eléctrica a domicilio. Esto permite que prácticamente en todos los hogares rurales haya señal permanente de radio y televisión y muchos poblados están llenos de antenas parabólicas que captan incluso emisiones del exterior. Pero lo más importante es que la energía eléctrica permite el surgimiento de talleres artesanales de todo tipo en el campo y ayuda a la creación de múltiples fuentes de trabajo alternativas a la agropecuaria.

A su vez, la masiva distribución de garrafas de gas licuado hasta los últimos confines del territorio nacional permite a los hogares cocinar con gas, que tiene un precio subvencionado muy barato. Ahora son muy pocos los hogares que cocinan con leña, en parte porque la masa forestal de altiplano y valles se ha reducido a su mínima expresión y ya casi no hay leña, pero principalmente porque es mucho más fácil, sano, limpio y cómodo cocinar con gas. Pero entre todas, quizás la innovación más generalizada es la telefonía móvil que cubre todo el país. Las reuniones de los sindicatos, de los clubes de madres, de las cooperativas, de las juntas de vecinos, seminarios y talleres, cursos de formación, reuniones con las autoridades locales son coordinadas mediante telefonía celular.

En las últimas décadas la energía eléctrica, el automóvil, el gas licuado, la telefonía celular y la creciente red de carreteras de calidad han revolucionado la forma de vida en las comunidades especialmente de las poblaciones rurales cercanas a las carreteras. Hoy el poblador rural está menos atado a la tierra y tiene más libertad para decidir entre otras opciones de trabajo y de vida para diversificar sus fuentes de ingresos. En algunos casos la pluriactividad y el multiempleo es una fatalidad, pero en otros se trata más bien de una ventana de oportunidad, de una opción positiva para salir de la pobreza viviendo entre dos mundos, el urbano y el rural, que ya no tiene límites ni fronteras definidas.

3.6 El caso de Parajrani en el Norte de Potosí: riego, manejo de suelos y agricultura a tiempo completo

3.6.1 El salto económico productivo

Sabemos que no hay soluciones mágicas a la pobreza y atraso rural que tiene características estructurales y obedece a una perversa combinación de factores que tiene atrapadas a grandes mayorías de la población. Sabemos también que en algunas oportunidades se ha hecho del discurso del riego una especie de “mito” que lo solucionaría todo. En varios lugares de nuestra geografía están abandonados pozos, canales, aducciones, estanques, pequeñas represas e invernaderos que fueron construidos sin la necesaria concertación, organización y empoderamiento local. De hecho, hace un par de años el gobierno ha declarado la “Década del Riego” (2015-2025) como un componente central de la denominada Agenda Patriótica y desde el Ministerio de la Presidencia se está financiando centenares de proyectos de riego por todo el país, muchos de los cuales aparecen en los informes gubernamentales como concluidos, cuando en realidad apenas están comenzando y no han contado con la directa y decisiva participación de los actores sociales y económicos locales: los campesinos y agricultores.

En general en otros países las infraestructuras para riego financiadas desde los Estados comenzaron a desarrollarse hace muchos años y en Bolivia tenemos un notable rezago comparado con los notables adelantos que se observan en varios de los países que nos rodean. Para nadie es un secreto que el agua de riego multiplica varias veces el valor económico de las tierras y que en muchos casos es una condición, necesaria pero no suficiente, que ayuda significativamente a aumentar la productividad, la producción y los ingresos de los trabajadores del campo. Justamente para contrastar la situación de la mayoría de los productores agropecuarios de valles y altiplano de Bolivia que practican una agricultura a secano, con la de aquellos que han innovado sus prácticas agropecuarias con el riego y el manejo de suelos, es que resumimos la experiencia siguiente.

En la comunidad de Parajrani en el municipio de Colquechaca de la provincia Chayanta del departamento de Potosí, la implementación del proyecto

de riego y manejo de suelos, promovido por la Fundación Sartawi – Sayariy (Pizarro y Krekeler mayo 2011)¹⁰ ha permitido avanzar hacia “una ciudadanía más activa de parte de la sociedad civil local y sus actores”. En apenas siete años el proceso ha fortalecido el papel de las organizaciones de base (sindicatos) y en alguna medida el rol de las subcentrales y otros actores como el Comité de Vigilancia.

El sistema agrícola de los productores de la comunidad de Parajrani –como el de la gran mayoría del país– está enmarcado en los retos que impone una condición agroecológica frágil, regida por un sistema climático en proceso de cambio acelerado, el aislamiento y la marginalidad social y territorial. Antes –hasta hace una década y desde hace muchos años antes– la población de la comunidad de Parajrani migraba de forma temporal o definitiva a Cochabamba o Argentina en busca de trabajos que le permitieran suplir sus necesidades monetarias.

Ahora, después de siete años, luego de haber experimentado un sistemático programa de manejo de suelos y de riego en su comunidad, los hombres, sobre todo los más jóvenes están más expectantes y apuestan por vivir de forma permanente en su localidad. Muchas personas hablan de “haber despertado”. Otro comentario que se escucha con frecuencia es que “no vamos a volver atrás”. Ahora los comunarios claves ya no migran de la comunidad.

En la comunidad de Parajrani en el Norte de Potosí se están desarrollando desde hace más de siete años técnicas de recuperación de suelos a través de terrazas. Por su parte el mayor cambio cuantitativo se observa en el porcentaje de familias que puede utilizar riego en sus cultivos de manera habitual, lo que ha crecido desde un 28,6% al inicio del programa, hasta el 100% en la actualidad. La mayor disponibilidad de agua para riego muestra alcances importantes en la diversificación de los rubros que componen el sistema productivo de las familias.

10 Nota: La directora de la institución Sartawi Sayariy, Ing. Patricia Morales, gentilmente nos facilitó el informe de la evaluación externa de impacto en la comunidad de Parajrani, realizada por la agencia de cooperación EED-Pan Para el Mundo el año 2011.

También se percibe una notable mejora en la dotación de alimentos de autoproducción y comercialización de excedentes. Por una parte se observan mejoras en bienes durables como son los aspectos físicos de las viviendas (techumbres, estucos, pinturas, etc.) y en su habitabilidad (p.e. mobiliario). En una segunda dirección los ingresos adicionales han estado orientados a adquirir bienes de consumo, tales como vestuario personal y adquisición de electrodomésticos. En la comunidad de Parajrani se ha producido un notable incremento y consolidación de la base productiva agrícola. Hay un salto cualitativo de una agricultura de subsistencia a una agricultura ligeramente productora de excedentes. Se ha logrado la generación de ingresos monetarios por concepto de venta de la producción excedentaria y, lo que es muy notable, la disminución de la migración temporal para la generación de ingresos extraprediales. También se ha logrado un aumento de la capacidad de ahorro y de inversión en lo productivo (incremento del número de ganado). La producción más permanente de alimentos disminuye el gasto por concepto de compra de estos alimentos. El incremento de la importancia del trabajo intrapredial para la economía familiar y, en particular para las y los adolescentes, les permite encontrar una alternativa real ante la migración definitiva. La dinámica productiva-económica inicial lograda ha abierto a muchas familias la posibilidad de generar visiones para un mayor aprovechamiento de su sustento productivo y hay una predisposición para realizar inversiones productivas estratégicamente importantes.

En la comunidad de Parajrani, gracias a los nuevos sistemas de riego y al manejo de suelos la condición de empoderamiento es palpable. Los comunarios han aumentado su capacidad de demanda y agendamiento de los temas que les son prioritarios, poniendo en el centro de la vinculación con el municipio el tema del desarrollo productivo agrícola. En este marco manejan los elementos de planificación y presupuesto –POA y PDM– y establecen vínculos estrechos de control social directamente sobre el alcalde, sub alcalde e integrantes del Comité de Vigilancia. La comunidad hacia su interior se ha organizado y ha densificado sus relaciones. Existe un Comité de Agua, un promotor socio-organizativo para el relacionamiento con el municipio y otros actores del desarrollo.

La implementación del sistema de riego, que dispone de canal primario y mejoramiento de la capacidad de aprovechamiento de las fuentes de agua,

ha permitido modificar el paisaje local. La superficie de riego promedio para cada parcelero ha crecido hasta alcanzar más de 5.000 m², muy por sobre los 700 m² que podían regar al inicio del proyecto. Esto ha permitido diversificar sus rubros y disponer de productos agrícolas que satisfacen las demandas y necesidades nutricionales de las familias, generando al mismo tiempo excedentes que son comercializados. El ingreso bruto que proviene de las parcelas ha aumentado multiplicándose por 3,75 en los niveles más bajos y hasta por 10 veces en los casos más altos. Estos nuevos ingresos permiten disponer de un poder adquisitivo que se orienta en primer lugar a mejorar la vivienda y su habitabilidad. También hay mayor soporte económico para apoyar la educación de los hijos. Sin embargo, en este aspecto se puede vislumbrar un riesgo a un impacto negativo en la medida que los cambios en el patrón de consumo haga a las familias de la comunidad más dependientes, ejerciendo mayor presión sobre los recursos naturales disponibles y modificando de paso sus patrones culturales.

3.6.2 De la agricultura de subsistencia a la excedentaria

El riego y manejo de suelos ha llevado a las familias comunarias a pasar de una agricultura de subsistencia y marginal, a una que poco a poco va conformando su carácter de una agricultura integrada por productores orientados al mercado. Lograr alcanzar un desarrollo agrícola que esté en armonía con el medio ambiente y que brinde de forma sostenible los bienes necesarios que satisfagan las necesidades de las familias en una proyección de largo plazo, requiere que los comunarios puedan avanzar en mayores innovaciones como la mejora del germoplasma y la tecnificación de sistemas de riego por goteo (Pizarro y Krekeler mayo 2011).

3.7 Percepciones sobre la pluriactividad como negación del concepto de campesino

3.7.1 Los jóvenes son los que más emigran

En las comunidades en las que la agricultura es a secano, los rendimientos son muy bajos y la producción es escasa, la migración en búsqueda de mejores oportunidades laborales se da sobre todo entre los jóvenes. En

estas comunidades “tradicionales” y de “mercantilización de la subsistencia” (Bernstein 2016) la mayoría de la población es adulta mayor y femenina. En cambio, cuando se trata de comunidades o regiones que tienen mejores condiciones de productividad (por ejemplo riego estable durante todo el año), las actividades agrícolas y pecuarias requieren de intensa mano de obra y del concurso de toda la familia. Esto cohesiona y fortalece el sentido de clase “campesina”, de identidad étnica cultural “indígena” y el carácter de “agricultor familiar” que da lugar a trabajadores agropecuarios de tiempo completo o dedicación casi exclusiva a labores agrarias.

La condición básica es que –en estos casos– los rendimientos de la tierra y del trabajo generan ingresos suficientes para cubrir los gastos así como algunos márgenes de ahorro que luego se invierten especialmente en el mejoramiento de las condiciones productivas del predio (manejo de suelos, construcción de terrazas y canales, infraestructura para el acopio, la transformación básica y la comercialización), con lo que el acervo de capital se multiplica y las condiciones de vida de las familias mejoran (Pizarro y Krekeler mayo 2011). Por otra parte, cuando los precios de los minerales están altos y hay yacimientos de algún tipo cerca, la actividad minera informal es la primera opción laboral que se busca y son especialmente los jóvenes los que –luego de muchas dificultades y requisitos– logran entrar a las cooperativas mineras invirtiendo todo el capital de la familia.

Las normas tradicionales de usos y costumbres en las comunidades tradicionales limitan las libertades de los jóvenes y en muchos casos estos jóvenes “escapan” a las ciudades en búsqueda de emancipación y de mejores condiciones de vida. Con todos sus riesgos, las ciudades les ofrecen a los jóvenes mayores opciones de vida y de libertad. De esto se desprende que la familia rural reduce su fuerza de trabajo de acuerdo a las posibilidades de rendimiento de la tierra y expulsa sin parar mano de obra joven a otros espacios económicos y geográficos para que “puedan ganarse la vida”.

A su vez, muchas personas mayores al entrar a la tercera edad retornan al campo porque ya no encuentran ningún trabajo en la ciudad.

3.7.2 La condición de clase del campesino

Cuando la actividad laboral se diversifica y el espacio físico de trabajo se dispersa geográficamente las identidades se complejizan y la conciencia de “clase campesina” prácticamente desaparece. Esto ocurre en diferentes gradaciones según la inserción en el mundo de la informalidad urbana. Cuando esto ocurre, surge la identidad gremial corporativa que puede ser temporal, mientras dure el trabajo o la ocupación (carpintero, mecánico, chofer, albañil, comerciante, carnicero, lechero, tractorista, panadero, dirigente vecinal o político, policía, maestro) aunque parte del tiempo lo dediquen a actividades agropecuarias temporales y esporádicas. Algunos afirman que a pesar de ello, logran mantener su identidad étnica quechua o aymara ligada a un sentimiento colectivo de origen ancestral.

Como en Bolivia casi no hay suficientes plantas industriales y la relación obrero-patronal es una excepción (salvo en la industria de la construcción) el autoempleo es el denominador común de los trabajadores informales que conforman la gran mayoría de los empleados dentro de la población económicamente activa de Bolivia. Por eso mismo es que ahora algunas organizaciones y movimientos rurales como la Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia (CSUTCB) tienen dificultades de convocatoria, legitimidad y representatividad. Además, las políticas de gobierno de cooptación y relaciones clientelares influyen decisivamente en la agenda reivindicativa de las organizaciones y mina la construcción colectiva de visiones estratégicas o programas de transformaciones sociales, políticas y económicas.

Hoy en Bolivia no hay un sujeto social rural-campesino revolucionario, no hay un actor protagónico de las luchas sociales ni de la reivindicación por la tierra como lo hubo a mediados del siglo pasado y cuyas luchas cristalizaron con la Reforma Agraria de 1953. Pero si hay, por ejemplo, un sujeto social combativo como las juntas de vecinos de El Alto, o la Federación de Cooperativas Mineras, o el Sindicato de Transportistas o de Productores de Coca. Según Kay (2009), los campesinos de América Latina hoy en un momento son campesinos y en otro son obreros, dependiendo de su inserción en el modelo neoliberal. Se trataría de un proceso de semi-proletarización.

En Bolivia, los campesinos involucrados en la pluriactividad acaban adoptando múltiples identidades no campesinas y, por tanto, se estaría consolidando una nueva clase social aún más compleja de entender.

3.7.3 La negación del concepto de campesino

En Bolivia desde hace años, pero muy particularmente durante las últimas décadas marcadas por discursos y narrativas anti neoliberales, antiimperialistas, procampesino y proindígena, se está viviendo un acelerado proceso de descampesinización que debilita la composición de clase y la fuerza política, social y económica del campesinado. La población rural está disminuida al igual que la población campesina y estos pobladores rurales en muchos casos ya no se auto identifican con el concepto de campesino sino con el de agricultores o de productores.

Pero además, muchos ya no se llaman a sí mismos campesinos ni quieren ser llamados campesinos porque ese concepto se asocia a lo tradicional, al pasado republicano y colonial, al atraso y la pobreza, a la exclusión étnica. Otros, sin embargo, aunque se dedican a múltiples actividades laborales se siguen llamando campesinos cuando están en su predio y en las reuniones de su comunidad, pero cuando están participando de la reunión de la Junta de Vecinos de El Alto, son “vecinos” y cuando están con los de su gremio se llaman como ellos (transportista, comerciante, músico...). Simbólicamente diríamos que “tienen varios sombreros” y circunstancialmente usan el que corresponde para cada caso (entrevistas realizadas por TIERRA, 2016).

Muchos prefieren ahora llamarse ciudadanos, alteños, o simplemente aymaras o quechuas. Esto se refuerza por la pluriactividad, la migración y la intensa movilidad geográfica y social.

3.7.4 Múltiples identidades

“Las ciudades bolivianas se caracterizan por su multilocalidad; es decir, por los múltiples e importantes enlaces que residentes urbanos mantienen con familias y comunidades en otros lugares. El concepto de lo multilocal surge de estudios rurales recientes que describen nuevas formas de economía y organización social rural. La disminución de ingresos agrícolas les ha obligado

a familias campesinas a involucrarse en múltiples actividades alternativas. La 'multilocalidad' es un intento de mantener alguna medida de 'capital' (tanto económico como social) en diferentes ámbitos en los cuales sus posiciones están sumamente inseguras" (Cielo y Vásquez 2011).

En las ciudades los campesinos en realidad dejan de ser campesinos pero tampoco son obreros porque no hay industrias y tampoco existe una relación obrero patronal. Lo que prima más bien es el auto empleo precario y por ello la realización de multiactividades para sobrevivir los lleva a adquirir múltiples identidades. Su identidad entonces es gremial, no solamente es temporalmente campesino sino que también es temporalmente comerciante, artesano (carpintero, mecánico, metalúrgico, herrero), albañil, minero o chofer.

"En mi urbanización de El Alto los conozco como la palma de mi mano... algunos se dedican a la albañilería, unos 4 o 5 como carpinteros, otros van a los Yungas a sembrar coca, vuelven aquí y se van a trabajar de alguna cosita y también se vuelven a cosechar coca, a veces salen a trabajar de choferes, mayormente de chofer asalariado, unos cuantos también tienen su movilidad, también hay mecánicos, unas tres familias. Así trabajando de todo nos ganamos el pan de cada día..." Los únicos que tienen trabajo seguro son los militares, los policías y los profesores aunque ganan poquito. Pero a veces los policías y los maestros, durante las noches y los feriados igual están volanteando" (Participante grupo focal El Alto, 16 de febrero de 2017).

Así, los conceptos tradicionales de campesino o de obrero quedan muy pequeños y no explican la multiactividad de los miembros de la comunidad donde aparecen y se yuxtaponen varias actividades en un mismo actor social. Por eso muchos habitantes del campo, del área rural, ya no se llaman a sí mismo "campesinos" si no aymaras, ciudadanos o productores agropecuarios. En la comunidad Taypi Llanga de Patacamaya todos son multiactivos. Al parecer no existe ninguna persona que no tenga diversas ocupaciones. Por lo expuesto anteriormente, los "aymaras" o "quechuas" que se dedican a medio tiempo o tiempo parcial a la agricultura o la ganadería logran mejores condiciones de vida que aquellos campesinos que se dedican a la tierra a tiempo completo. Los multiactivos serían menos vulnerables porque logran diversificar sus fuentes de ingresos, diversifican también sus riesgos y aumentan su bienestar, pero ya no son campesinos en el sentido estricto de la palabra.

Sin embargo, este hallazgo –las múltiples identidades– se puede interpretar de dos maneras. Por un lado hay quienes piensan que la pluriactividad sería una especie de descomposición del ethos campesino, el camino que llevaría casi ineluctablemente a la descampesinización y que la última etapa del agricultor a medio tiempo –antes de desaparecer– sería la de residente. Por otro, se afirma que el campesino a medio tiempo llegó para quedarse, que es la nueva naturaleza del campesinado en el siglo XXI y que no es una forma fugaz o pasajera, sino que es su nueva naturaleza de clase, más compleja, más flexible, más dúctil, menos combativa y más pragmática, más adaptativa a los cambios en la sociedad y economía nacionales.

La pluriactividad no sería exclusiva de los migrantes si no que parece ser la condición socio económica del conjunto de la población en las últimas décadas. Para salir de la extrema pobreza, los campesinos –quieran o no– tienen que convertirse en pluriactivos y eso los obliga a tener identidades diversas. Sin embargo, no existiría diferencias muy marcadas en las condiciones de vida entre los agricultores familiares a tiempo completo y los agricultores familiares a medio tiempo, ya que de alguna manera todos están atrapados en la pobreza.

Pero, la relación campo ciudad es de ida y vuelta. Para los adultos mayores y ancianos que tienen alguna renta, el volver a sus comunidades es como un seguro de vida donde se “retiran” hasta el final de sus días. En cambio, los jóvenes que ya no regresan al campo y tampoco reclaman sus derechos sobre la tierra habrían dejado definitivamente de ser campesinos. En el caso de los residentes, posiblemente es cuestión de una generación más para que este tránsito ocurra.

En resumen, el campesino a medio tiempo sería una expresión de crisis en la que los campesinos a medio tiempo –antes agricultores a tiempo completo– han perdido una oportunidad de trabajo, de ingresos estables, de vida, de movilización social y de poder político y económico. Este nuevo campesino, el campesino del siglo XXI, sería cada vez menos agrícola y menos relevante económica, social y políticamente.